

# ELS MILACRES DE SAN VICENTE FERRER, PATRIMONIO CULTURAL INMATERIAL VALENCIANO

Virginia Zanón-Alcaide y Elvira Aura-Castro

Instituto Universitario de Restauración del Patrimonio, Universitat Politècnica de València

**Autor de contacto:** Elvira Aura-Castro, eaura@crbc.upv.es

**RESUMEN:** *La festividad de los altares de San Vicente Ferrer es una de las celebraciones más tradicionales y de mayor arraigo de la ciudad de Valencia. Su origen se remonta a mediados del siglo XV, poco después de la muerte de San Vicente (1350-1419), figura imprescindible en el plano religioso, político y social de la baja Edad Media. Con el paso de los siglos esta celebración se ha ido modificando, especialmente tras la introducción de representaciones dramatizadas de los milagros realizados por el santo, que son interpretadas por niños y en lengua valenciana. La popularización de estas dramatizaciones ha facilitado la aparición de numerosos altares por toda la ciudad de Valencia y alrededores, llegando a convertirse esta fiesta en un importante capítulo del patrimonio cultural inmaterial valenciano. En el presente artículo estudiaremos la evolución de esta expresión cultural centrándonos en su valor como patrimonio intangible.*

**PALABRAS CLAVE:** patrimonio inmaterial, cultura valenciana, festividades vicentinas, San Vicente Ferrer, teatro infantil

## 1. INTRODUCCIÓN

A pesar de que el patrimonio es tan antiguo como la civilización, la noción moderna es relativamente reciente, como lo es la idea de su protección y conservación. No es hasta hace pocas décadas cuando realmente se ha hecho un esfuerzo desde el punto de vista jurídico, político y social para definir y proteger todo aquello que nuestros antepasados produjeron, ya fuera con intención de legarlo a sus descendientes o no. Por otra parte, dentro de la definición de patrimonio podemos distinguir entre el material y el inmaterial. El patrimonio material sería el conjunto de elementos físico (edificios, esculturas, obras de arte, libros, indumentaria, joyas, etc.) que se conservan de épocas pasadas, y cuya protección es necesaria para no olvidar un pasado que siempre nos enriquece. Por su parte, el patrimonio inmaterial no cuenta con un soporte palpable, pero no por ello tiene menor importancia. En él se incluyen todas las tradiciones, historias, leyendas, costumbres o anécdotas que ayudan a entender lo que fuimos y lo que somos. Unos elementos que se han transmitido en demasiadas ocasiones con mucha dificultad, huérfanos de una materialidad que siempre beneficia su visibilidad y valoración, pero que sin los que sería imposible comprender nuestra cultura en toda su dimensión.

El presente trabajo, pues, se refiere a este patrimonio inmaterial, tratando en todo momento de ensalzar su importancia y defender su protección y conservación. Nuestro estudio revisitará la figura de San Vicente

Ferrer, posiblemente el santo valenciano de mayor relevancia, y su importante presencia devocional en la ciudad de Valencia. Repasaremos las festividades celebradas en su honor, centrándonos de manera especial en la tradicional representación de los milagros de San Vicente, a través de su dramatización en los altares dedicados al santo que protagonizan su fiesta en la ciudad de Valencia.

## 2. PATRIMONIO CULTURAL INMATERIAL

La UNESCO, pionera en la puesta en valor del patrimonio cultural a nivel mundial, define el patrimonio inmaterial como: “Los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas -junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes- que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. Este patrimonio cultural inmaterial, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana”<sup>1</sup>. La organización establece que este patrimonio, también denominado intangible, se manifiesta particularmente en los siguientes ámbitos: tradiciones y expresiones

orales (incluido el idioma como vehículo); artes del espectáculo; usos sociales, rituales y actos festivos; conocimientos y usos relacionados con la naturaleza y el universo; y técnicas artesanales tradicionales.

El carácter especial de estas actividades hace necesaria la flexibilidad a la hora de su catalogación, haciendo que por regla general puedan ser enmarcadas en más de uno de los grupos anteriormente citados. La gestión del Patrimonio Cultural Intangible debería estar en todo momento consensuada con sus propios protagonistas, ya sean creadores o herederos de estas manifestaciones, de lo contrario se podrían producir importantes daños en dichos bienes, pues perderían parte de la identidad de la que emana todo su valor.

Así mismo, cualquier actuación sobre estas expresiones debe respetar el dinamismo que les es propio, cuidándose de no “fossilizarlos” antinaturalmente.

### 3. SAN VICENTE FERRER

La figura de San Vicente Ferrer es, sin duda, una de las más relevantes de la Edad Media. A su faceta como gran predicador de la palabra divina, se une su importancia como pieza clave del juego de estrategia política en la Península Ibérica y Europa en los convulsos siglos XIV y XV. El hecho de que pocos años después de su fallecimiento el Papa Calixto III iniciara su proceso de canonización, es muestra evidente de su relevancia como figura pública y del enorme fervor que le profesaban los cristianos de toda Europa.

La vida de San Vicente se movió siempre entre lo religioso y lo secular, lo que no es extraño, si tenemos en cuenta su contexto histórico medieval, sin una separación de poderes como la concebimos en la actualidad, y en el que la religión alcanzaba todas las facetas de la sociedad. San Vicente, tan pronto se movía en los círculos de la nobleza y realeza, acompañando a Reyes y confesando a reinas, como predicaba la palabra de Dios entre el pueblo llano que abarrotaba plazas y calles para escuchar sus sermones.

Hijo de Guillem Ferrer, importante notario de probable origen gerundense, y de Costança Miquel, Vicente fue el segundo de los niños del matrimonio, que tuvo tres hijos y tres hijas. Nació el 23 de enero de 1350, y ese mismo día fue bautizado en la actual parroquia de San Esteban, donde todavía se conserva su pila bautismal<sup>2</sup>. Las innumerables hagiografías del santo le atribuyen desde muy temprana edad (incluso desde el vientre materno) la factura de multitud de milagros, siendo esta su característica más relevante y la que le granjeó más devociones. También se señala la ejemplaridad del espíritu cristiano del pequeño Vicente, que a todos maravillaba con su devoción, su rectitud y su elocuencia. Así pues, a los once años y por mediación de su padre, le fue otorgado el beneficio de la capilla de

Santa Ana en la parroquia de Santo Tomás, privilegio al que renunció seis años después legándose a su hermano Bonifacio, pues fue en ese momento cuando entró como novicio en el Convento de los Dominicos de Valencia, pronunciando los votos al año siguiente, cuando contaba con dieciocho.

La década siguiente la dedicará a su formación en teología, física y lógica repartida entre Barcelona, Lérida y Toulouse, llegando incluso a impartir clases, regresando en 1378 a Valencia. A petición del entonces cardenal Pedro Martínez de Luna, el santo trabajó por el reconocimiento del Papa de Avignon Clemente VII, quien veía peligrar su autoridad tras la proclamación en Roma de otro Papa: Urbano VI. Su habilidad diplomática y política le hizo ganarse el favor de la realeza hasta el punto de que el rey Juan I le nombró consejero áulico, y su esposa la reina Violante confesor, en 1391, cargos que mantendría bajo los reinados de los sucesores: Martín el Humano y Fernando de Antequera.

A la muerte de Clemente VII (1394), Pedro de Luna se hizo con la cátedra pontificia como Benedicto XIII, y llama a Avignon a San Vicente dotándole de varios cargos relevantes y cercanos al Papa y ofreciéndole los obispados de Lérida y Valencia, que rechazará. Es en esta época cuando, convaleciente de una enfermedad, el santo tiene una revelación que le hace abandonar sus actividades en la corte papal para dedicarse en cuerpo y alma a la predicación itinerante con el objetivo de anunciar la llegada del Apocalipsis y la consecuente necesidad de abrazar las buenas prácticas y la observancia de los valores cristianos para ganar la salvación. Tras superar las reticencias de Benedicto XIII, que se resistía a dejarle marchar llegando a ofrecerle un cardenalato, San Vicente inicia a finales de 1399 su peregrinación evangelizadora, que no abandonaría hasta el día de su muerte. Su labor predicadora le llevaría a recorrer prácticamente todos los rincones de la Europa cristiana. El santo iba acompañado de ayudantes que, entre otras cosas, transcribían muchos de sus sermones, y de un séquito de fieles que se le iban uniendo, ejemplificando el mensaje de urgencia del arrepentimiento y la penitencia ante el Juicio Final al flagelarse en las procesiones celebradas tras las alocuciones. San Vicente predicó las sagradas escrituras ante verdaderas multitudes, que obligaban a las autoridades locales a preparar escenarios improvisados al aire libre porque los templos se quedaban pequeños. Se le reconoce al santo la posesión del don de lenguas, pues aunque sus sermones siempre los daba en su lengua materna, el valenciano, era entendido por el público allá donde fuera. Quizá también contribuyese al éxito de su misión el hecho de que las lenguas latinas en la época medieval estaban menos distanciadas que en la actualidad, y que el santo poseía grandes cualidades retóricas, una potente voz y una capacidad de gesticulación que enriquecían su comunicación no

verbal. Estos viajes estuvieron, además, salpicados de hechos prodigiosos que alimentaron la leyenda de San Vicente.

Así pues, a pesar de estar centrado en su labor ecuménica, San Vicente siguió siendo requerido para participar en asuntos políticos de relevancia capital. Quizá el más importante sea su participación en el Compromiso de Caspe en 1412, al que acudió ante la llamada de Benedicto XIII, como uno de los nueve compromisarios (otro sería su hermano Bonifacio) que debían decidir quién heredaría el trono de Aragón tras la muerte sin descendencia de Martín el Humano. Los aspirantes eran Jaime de Urgel y Fernando de Antequera, siendo coronado este último como Fernando I. Precisamente la proclamación solemne del nuevo rey es oficiada por el propio San Vicente. Por otro lado, el capítulo del Cisma de Occidente estaba todavía sin resolver. Los reinos de Europa estaban interesados en acabar con esta división, y San Vicente se afanó en intentar concluir el conflicto por la vía política. Entre mediados de 1414 y finales de 1415 trata en vano de convencer a Benedicto XIII de que abdique, como ya está dispuesto a hacer el Papa romano. Ante su negativa, y para aumentar la presión, el santo declara su desobediencia a Benedicto, y con él la de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. El Papa Luna perdería progresivamente su poder, hasta que el Concilio de Costanza nombró a Martín V como Papa único en 1417, reunificando de nuevo a la cristiandad. San Vicente era ya un anciano, pero su edad no le impedía continuar con la misión que le había sido encomendada, y sólo la muerte frenó sus pasos. El 5 de abril de 1419 falleció en la localidad bretona de Vannes, a los 69 años.

La inmensa devoción de la que ya gozó en vida se mantuvo e incluso incrementó tras su muerte, y el rápido inicio de su proceso de canonización es buena muestra de la importancia religiosa de Vicente Ferrer. El Papa Calixto III, el valenciano Alonso de Borja, (al que el santo predijo que llegaría a ocupar el trono vaticano y que sería quién lo elevaría a él mismo a los altares) reconoció oficialmente su santidad en 1455, tras certificarse la veracidad de 873 milagros, aunque no fue hasta 1458 cuando Pío II sancionó la bula papal. Grandes celebraciones tuvieron lugar en numerosas ciudades europeas tras la santificación, especialmente en Valencia, y las muestras de devoción perduraron en el tiempo, llegando muchas de ellas hasta nuestros días. Ciñéndonos al ámbito valenciano podemos reseñar que se alzaron muchas ermitas en los lugares en los que San Vicente predicó o realizó milagros, se le dedicaron capillas en parroquias y catedrales, se colocaron altares efímeros o paneles cerámicos en las calles, se le nombró patrono de diversas corporaciones y gremios, y, a un nivel más mundano, “Vicente” fue el nombre más recurrente en el bautismo de los niños valencianos. La fecha de su muerte, el 5 de abril, quedó establecida como su día en el santoral, pero éste solía coincidir con

la Cuaresma o la Semana Santa, lo que impedía unos festejos de la dimensión deseada por los valencianos. Por ello, el Papa Clemente VIII, como concesión al arzobispo Juan de Ribera y al Cabildo Catedralicio, estableció en 1594 que fuera una festividad de carácter móvil, que pasaría a celebrarse el lunes siguiente a la octava de Pascua, siendo al año sucesivo, 1595, cuando se celebró por primera vez en tal fecha.

## 4. LA FESTIVIDAD DE SAN VICENTE FERRER EN TORNO A LOS ALTARES Y SUS MILACRES

### 4.1. Nacimiento y evolución de las representaciones

Resulta complicado establecer un origen concreto y una cronología al respecto, pues no existe constancia fehaciente de cuando empezaron a representarse los *milacres*. Si sabemos, sin embargo, la fecha de constitución del que podría suponer el primer altar dedicado al santo. Fue en 1461, en el año del quinto aniversario de la canonización de San Vicente, cuando Juan Garrigues colocó sobre la puerta de su casa una pequeña hornacina que cobijaba una imagen del santo, junto con una inscripción que relataba la historia que les unía a ambos. Según las crónicas, San Vicente habría curado milagrosamente a Antonio Garrigues, especiero de profesión, de unas pústulas malignas en el cuello. Así, su hijo Juan manifestó años después su agradecimiento y devoción al santo valenciano colocando esta hornacina sobre la puerta de su casa en la calle del Mar, (en la *plaçeta dels Ams*, a pocos metros de la casa natalicia de San Vicente Ferrer), aunque pronto ganará tal éxito que pasó a ocupar en 1755 el centro de la pared del edificio<sup>3</sup>. De este modo, el altar de la calle del Mar ha tenido tradicionalmente el honor de ser considerado como el primero en erigirse en homenaje a San Vicente. Parece que es a partir de finales del siglo XVIII y principios del XIX, ya consolidada la tradición de la representación teatral de los *milacres*, cuando se constituyen oficialmente otros altares. Primero fueron los de la plaza del Mercado y la plaza del Tossal, a los que después se añadirían otros como el de la plaza de la Pilota (actual plaza Mariano Benlliure, 1862), Plaza de la Virgen<sup>4</sup>, El Pilar, Ruzafa (1879) o Chirivella. Ya en el siglo XX se fundaron los de la Plaza del Carmen (1903), Plaza del Milacre del Mocadoret, Niños de San Vicente, Mislata (1944), Almàssera, Malvarrosa (1959), La Cañada (1978) o Ribarroja (1978). Una existencia puntual o efímera tuvieron los de Meliana, Alboraya, Lliria o Teulada<sup>5</sup>, y en la última década han surgido el altar del Ángel Custodio, el del Mercado de Colón y el de San Vicente del Raspeig. Como vemos, la tradición de los altares se extendió extramuros de la ciudad de Valencia, llegando incluso a pueblos más alejados del *cap i casal*. No obstante, el altar de la calle del Mar siempre ha tenido

un carácter más oficial y ha sido el punto de encuentro de la alta sociedad valenciana, teniendo los demás un cariz más popular y sencillo. La aparición de estos nuevos altares es, como se ha comentado, de fecha incierta. Sabemos que en 1748 una Real Orden promulgada por el monarca Fernando VI prohibía la celebración de actos festivos y altares en la calle, una censura apoyada también por el entonces arzobispo de Valencia, Andrés Mayoral, conocido por su animadversión contra los abusos en el culto y los sacramentos. Sin embargo, tenemos constancia de que el altar de la calle del Mar estuvo excluido de esta prohibición gracias a una Real Provisión emitida el 2 de abril del mismo año<sup>6</sup>. Esta normativa censora se repetiría en 1756, 1765, 1777 y 1797. La existencia de tantos decretos sancionadores constataría que el pueblo valenciano era muy reticente a abandonar los actos festivos hacia los que sentía tanto apego.

Sea como fuere, en el año de 1797 existen documentos que prueban que el altar del Mercado solicita permiso para llevar a cabo “les representacions d’un dels miracles que en vida va obrar el Sant i cascún any es representen”<sup>7</sup>. Esto probaría que en esa fecha ya existían otros altares, o al menos que había algunas asociaciones que solicitaban un permiso oficial para llevar a cabo sus propias representaciones de los *milacres*. A pesar de que la Audiencia falló a favor de la exclusividad del altar de la calle del Mar, pocos años después (el 7 de marzo de 1810) ese veredicto fue revisado y a partir de entonces se otorgó plena libertad para erigir nuevos altares. Por tanto, y a pesar de un origen exacto discutible, lo que sí parece claro es que la tradición de los altares “modernos” y la representación de los *milacres* tiene un marcado carácter dieciochesco. Algo más de información tenemos en lo referente a la evolución de la propia festividad de los altares de San Vicente. Antes hemos mencionado la hornacina que Juan Garrigues construyó en honor al santo y que albergaba una imagen vicentina, acompañada de una inscripción que relataba el milagro de la curación de su padre. Este parece ser el aspecto habitual de los primeros tiempos de la fiesta, en los que los altares tenían un sentido más plástico, donde sólo las imágenes y las palabras escritas narraban los acontecimientos milagrosos llevados a cabo por San Vicente. Pero poco a poco este carácter fue evolucionando hacia una mayor complejidad de la puesta en escena. Con el tiempo, a las imágenes o retablos acompañados de texto se le añadieron los bultos, esculturas que representaban a los personajes de algún acontecimiento especial relacionado con el santo. Un ejemplo sería el conjunto de bultos de San Esteban, conservados en la actualidad, pero es altamente probable que existieran muchos más. Más adelante, ya en época barroca, se incorporaron en ocasiones autómatas que hacían aún más espectacular la representación<sup>8</sup>.

Esta aparición progresiva de elementos cada vez más complejos culminó con la incorporación de los niños

que empezaron a representar los *milacres* vicentinos. La tradición valenciana de los *misteris* o entremeses (piezas dramáticas breves representadas por actores infantiles en rocas y carrozas durante las celebraciones religiosas) explicaría también la aparición de los niños como protagonistas de la festividad de San Vicente. Es entonces cuando también da comienzo esa especial preocupación por el cuidado de los textos que se debían dramatizar, ya que el marco religioso se fundía con el teatral.

Por otro lado, la historia de los propios altares ha estado llena de avatares y modificaciones. Descontando el altar de la calle del Mar, que fue el primero y el que todavía hoy conserva ese carácter de “oficialidad”, el resto fueron apareciendo (y a veces desapareciendo y volviendo a surgir) en época posterior. La configuración actual de la lista de altares es relativamente moderna, ya que el siglo XX fue especialmente convulso en lo referente a la festividad vicentina.

Hemos visto que ya desde principios del siglo XIX la fiesta de los altares y la representación de los *milacres* estaba plenamente consolidada, reforzada además por los actos de los diferentes centenarios que, aunque celebrados en fecha distinta e imposibles de disfrutar en más de una ocasión, sin duda contribuyeron a fortalecer la fe y la devoción por el santo valenciano. Sin embargo, con la llegada de la II República (1931-36) se produjo un debilitamiento de la fiesta, producto del anticlericalismo que caracterizó al gobierno republicano. Los estamentos políticos dieron la espalda a la celebración de los *milacres*, y desde la prensa se atacaba y ridiculizaba esta tradición centenaria. La situación empeoró durante la Guerra Civil (1936-39), en la que la fiesta dejó de celebrarse por motivos bélicos.

Una vez finalizada la contienda y establecido el régimen franquista, la tradición de los altares de San Vicente cobró un nuevo aliento. La ideología del gobierno de la dictadura se sustentaba en el nacionalcatolicismo, un espíritu religioso y conservador que lo impregnaba todo. Por ello, toda tradición religiosa y devocional que tuviera como objetivo la loa y la alabanza a los santos cristianos era apoyada sin reservas, y la festividad vicentina no fue una excepción. Resulta curioso, por otra parte, que el régimen ni siquiera pusiera trabas a que la fiesta siguiera celebrándose en valenciano, a pesar del evidente ímpetu franquista por consolidar el castellano como única lengua oficial del estado. Tan arraigada estaba la tradición de esta festividad entre los ciudadanos de Valencia que no se impidió desde las instancias oficiales que se siguiera expresando como lo llevaba haciendo durante siglos<sup>9</sup>.

Así pues, a partir de la década de 1940 se va consolidando la configuración actual de los altares



Figura 2. Niños representando un *milacre* en el altar del Tossal, 1928. Fotografía Sigüenza.

vicentinos, y extendiéndose la fiesta por las localidades cercanas. En 1943 se crea la Junta Central Vicentina (JCV), de la que formarán parte, además de diversos personajes ilustres de la ciudad, las agrupaciones que representaban a diversos altares. El papel de la JCV fue determinante para que la festividad recuperara el esplendor de antaño, labor a la que se dedicarán poco después otras asociaciones como Lo Rat Penat, el diario Las Provincias, el gremio de Artistas Falleros o la Junta Central Fallera. Precisamente fue la asociación Lo Rat Penat, con la intención de dignificar y dotar de brillantez a los textos asociados a la representación de los *milacres*, la que creó en los años 40 (como también hiciera en principio la Juventud Obrera de Valencia, pero después en solitario) un concurso anual en el que se premiaba tanto a los actores como a los autores de las piezas dramáticas, generándose así una sana competición entre los distintos altares por llevar a cabo la representación más brillante.

En definitiva, la festividad de los altares de San Vicente se ha ido modificando durante sus más de cinco siglos de historia, evolucionando hacia una mayor complejidad y participación ciudadana. Lo que surgió en un principio como un pequeño altar particular dedicado al santo valenciano (en consonancia con otros altares dedicados a otros santos) fue poco a poco absorbiendo elementos procedentes de la tradición de las fiestas en la calle y el teatro, ganando en importancia y fervor popular. Con la consolidación de las representaciones dramatizadas de los *milacres* y la aparición de nuevos altares con sus propias y distintivas características, que añadían un soplo de aire fresco y aumentaban el número de adeptos, la fiesta ha ido creciendo y aglutinando a todas las capas sociales de la ciudad de Valencia, que han encontrado en su admiración por San Vicente un punto de encuentro y un motivo para la celebración.

#### 4.2. Las fiestas vicentinas y su programa de festejos

Dada la dilatada historia de las fiestas dedicadas a San Vicente Ferrer en Valencia, estas celebraciones han sufrido una lógica evolución, pues lo que empezó con una misa y una procesión, a pasado a contar con varios días de fiesta salpicados de diversos actos, y cuya

preparación se extiende prácticamente a todo el año. A pesar de todo, podemos referir ciertos elementos que, si bien no estaban presentes en 1456, debieron ir surgiendo tempranamente para pasar a ser habituales y constantes, hasta conseguir una programación que se mantiene más o menos estable a lo largo del tiempo. La bula papal de Clemente VIII, fechada el 28 de septiembre de 1594, estableció que la fiesta de San Vicente se celebraría el lunes siguiente a la Octava de Pascua. De este modo se evitaba que cayera en plena Cuaresma, lo que impedía a sus fieles ofrecer a su santo unas fiestas fastuosas. Esto hizo que se convirtiera en una fecha móvil, dependiente del calendario pascual. Sea como fuere, y a pesar de que la festividad oficial es el lunes, con el tiempo, se han alargado los festejos, con actos que tienen lugar durante la semana anterior.

Durante esa semana que precede al día del santo se producen eventos con un carácter más íntimo, destinados a los asociados de cada altar. Al margen de las particularidades de cada organización, se cuentan entre los acontecimientos más comunes y arraigados el canto de albadas y el reparto de la tradicional *bescuitada*<sup>10</sup> a los socios en las tardes y noches previas al fin de semana, en el que se concentrarán los actos más solemnes y públicos. La noche del sábado se coloca la imagen del santo en cada uno de los altares, acompañada de música, tracas y fuegos artificiales. Hay que señalar, además, que la colocación de los altares se realiza en los días anteriores, y mucho antes se produce la selección y preparación de los textos a representar y los niños actores que llevarán a cabo la pieza teatral. El domingo se da comienzo a la representación de los *milacres*, que en la actualidad se representan varias veces al día, con intervalos entre representaciones que permitan el descanso de los artistas y la renovación del público asistente. Es habitual también que los niños actores bajen a la zona de butacas después de la representación, para pedir la voluntad en agradecimiento a su esfuerzo.

Finalmente, el lunes tiene lugar una ofrenda de flores en la capilla sita en la casa natalicia de San Vicente, conocida como *El Pouet*, en la calle del Mar. Fue la asociación de Ruzafa quien instituyó en 1954 la ofrenda al santo en la plaza de Tetuán<sup>11</sup>. A ella acuden las distintas asociaciones vicentinas y otras autoridades de la ciudad. Y por la tarde tiene lugar una misa pontifical en la Catedral, celebrada en valenciano, y a la que sigue la procesión solemne de la imagen del santo y su reliquia por las calles del centro de Valencia. En dicha procesión intervienen las máximas autoridades religiosas y civiles de la ciudad, los clavarios y representantes de las diferentes asociaciones vicentinas. Una vez finalizada la procesión, que también atraviesa el interior de la iglesia de San Esteban, hasta que por la noche se baja la imagen de San Vicente de los altares para trasladarla a la casa del nuevo clavario, dándose por concluida la





Figura 3. *Milacre* del altar de la Pila Bautismal, en la plaza de la Virgen, 2011.

fiesta hasta el año siguiente. En la actualidad algunas asociaciones, sin embargo, constituyen una excepción a este calendario, pues su fiesta se prolonga hasta el martes (Mercado) o tiene lugar la semana siguiente (*Mocadoret* y Ángel Custodio). La asociación de los Niños de la Calle San Vicente celebran su fiesta en el mes de junio, en ella elevan un altar, pero no representan *milacre*.

### 4.3. Otras festividades: los Centenarios

De un carácter muy diferente a las fiestas anuales son las celebraciones de los centenarios, fechas que conmemoran la canonización de San Vicente Ferrer en 1455. Mientras que las festividades anuales tienen un carácter más popular y festivo, los centenarios (seguramente por lo puntual de su celebración) presentan un cariz mucho más oficial, solemne y devocional, aunque añadiendo elementos extrareligiosos, buscando la espectacularidad y la magnificencia de la celebración.

El primer centenario tuvo lugar en el año 1555. Y lo que comenzó con actos puramente devocionales, se fue enriqueciendo en los sucesivos siglos con arquitecturas efímeras, fuegos artificiales, corridas de toros, etc. Los relatos que los diferentes cronistas nos ofrecen sobre los festejos celebrados en los centenarios constituyen una fuente inagotable de información. No sólo presentan una relación detalladísima de los espectaculares *atrezzos* con los que la ciudad se engalanaba, los distintos actos celebrados y como unos y otros eran recibidos por el numeroso público local y foráneo, sino que nos brindan una información valiosísima que nos permite conocer más aspectos de las fiestas anuales, que no cuentan con estas

inestimables fuentes escritas tan detallistas y tempranas. Así, encontramos en la obra que Vicente Boix escribió con motivo del IV centenario una descripción del ambiente que se respiraba en el centro de Valencia, relatando los ornamentos que presentaba. Al llegar a la calle de la casa natalicia escribe: “la multitud obstruía de continuo el altar que se coloca en la misma calle, en todas las fiestas anuales del Santo, para representar los autos sacramentales, conocidos vulgarmente como *Els milacres*”<sup>12</sup>. Y al llegar al *Tròs-Alt*: “se levantaba el altar de San Vicente, destinado, desde inmemorial, para la interpretación de los *milacres* [...] y se representó un auto sacramental, en idioma valenciano, como todos los milacres, escrito espresamente, con el título de *Els bandos de Valensia, ó la paraula de Sen Visènt Ferrer*, por el cronista que esto vió y escribió”<sup>13</sup>, es decir, un milagro autógrafo del propio Boix.

### 4.4. Las representaciones teatrales o los *milacres*

Las primeras evidencias concretas de textos escritos para la representación teatral de los milagros se remontan a principios del siglo XIX, aunque es muy probable que ya existieran anteriormente. En este caso, la tradición oral y popular juega en contra de la labor del investigador, pues la falta de testimonios escritos impiden conocer en qué momento exacto nacieron las representaciones de los *milacres*. La primera obra escrita de la que tenemos constancia fue creada por el padre Lluís Navarro y data de 1817, y lleva por título “*Tonet o el fill de l’especier*”. A partir de ese momento sí que se han conservado numerosos ejemplos de obras teatrales para ser representadas durante la festividad vicentina, algunas incluso escritas por importantes personajes de la literatura valenciana. Así, en el siglo XIX podemos destacar a autores como Vicent Boix, Vicent Clèrigues, Luis Navarro, Joan Arolas, Josep Bernat i Baldoví, Joaquim Balader, Eduard Escalante, Rafael María Liern, Pascual Pérez i Rodríguez, Tomás Villarroja o Félix Pizcueta. Y ya en el siglo XX encontramos libretos firmados por Vicent Nicolau, Josep Maria Bayarri, Francesc Vidal, Germà Roig, Manuel Sánchez i Navarrete o Maties Ruiz i Esteve. A diferencia de los casos del siglo anterior, cuyas piezas tienen un carácter más popular y una calidad variable, estas obras son más tecnificadas, con un mayor dominio de los recursos dramáticos y de una extensión más amplia. Sea como fuere, y a pesar de la enorme variedad que encontramos entre los textos y los autores, podemos destacar algunas características comunes y básicas de las representaciones teatrales de los *milacres* de San Vicente, como apunta Blasco Orti<sup>14</sup>

La primera de ellas es que todas las representaciones de los *milacres* tienen lugar al aire libre, en un tablado colocado ante el altar que hace las veces de decorado. Por regla general, las condiciones técnicas son

rudimentarias y los objetos del decorado están reducidos a la mínima expresión, lo que imposibilita prácticamente toda posible espectacularidad. La acústica suele ser también deficiente (aunque en los últimos años se han introducido micrófonos y altavoces), y los sonidos de la calle suelen entorpecer la escucha. Además, los actores no son profesionales, por lo que no es extraño que puedan olvidar una línea de texto o mostrar alguna limitación dramática. Pero todo esto no es lo más importante, puesto que estamos ante una representación sencilla, en la que prima más la moraleja y el sentido devocional que el artificio visual o la pericia interpretativa. Y, desde luego, son dignas de admiración la voluntad y energía que los pequeños artistas demuestran sobre el escenario, despertando el asombro y la ternura en el público, que sabe valorarlo.

La segunda característica es que las representaciones están protagonizadas por niños de corta edad, generalmente entre los 3 y los 14 años. En un principio parece que fueron los niños huérfanos del Colegio Imperial de San Vicente Ferrer los encargados de actuar en los *milacres* de los altares, pero posteriormente esta posibilidad se abrió al resto de niños<sup>15</sup>. Hoy en día los actores infantiles son seleccionados varios meses antes de las representaciones, y no es extraño que cada asociación disponga de un plantel de niños que repiten como protagonistas año tras año, aunque sea en papeles diferentes.

En tercer lugar, la representación de los *milacres* ha sido siempre en valenciano. Este no es ni mucho menos un asunto baladí, puesto que esta festividad ha sido de alguna manera un garante de la protección y conservación de esta lengua, que durante algunas épocas ha corrido peligro de caer en desuso. El valenciano utilizado en las representaciones está empapado de un fuerte tono popular, pero no han faltado intentos serios de dignificación, especialmente entre los autores de las décadas de 1960 y 1970, muy vinculados con el resurgimiento de Lo Rat Penat. Con independencia de las connotaciones religiosas que tiene la fiesta y la representación teatral vicentina, los milagros fueron un garante de la salvaguardia del teatro contemporáneo valenciano y del idioma valenciano.

Finalmente, y como característica aglutinadora de todas las demás, es necesario destacar que estas representaciones tienen como objetivo principal dramatizar alguno de los milagros o hechos portentosos que realizó San Vicente durante toda su vida. Ya no sólo únicamente los aspectos sobrenaturales, sino también los acontecimientos de la vida civil y política en los que el santo valenciano tuvo una participación importante. Todo con el objetivo de que la historia narrada sirva como ejemplo para los espectadores, utilizando a la figura de San Vicente, figura siempre protagonista, como modelo de piedad, devoción y rectitud cristianas. Para ello, casi todos los *milacres*

siguen una estructura similar, cuyos elementos básicos apenas se han modificado en los últimos cien años.

Lo más habitual es que la representación de comienzo con una introducción o presentación, llevada a cabo por algún personaje de la obra, un diálogo entre dos personajes o un narrador ajeno a la trama, con el objetivo de situar a los espectadores en lo que presenciarán a continuación. En estas presentaciones puede también introducirse algún elemento o frase que remita a la realidad actual, reforzando así el tono satírico, y relacionándose con el tradicional sainete, pieza teatral cómica y breve de gran arraigo valenciano. En cualquier caso, las alusiones a la actualidad siempre se llevan al terreno de la época de San Vicente, intentando establecer un vínculo entre la realidad que vivió el santo y la que viven los espectadores, y dejando patente que el ejemplo de la palabra y la obra vicentina, que resolverá el problema en la trama teatral, también podría aplicarse para resolver los conflictos actuales.

Una vez presentado el argumento de la obra, la acción se desarrolla tomando siempre como centro el milagro obrado por San Vicente. En el sentido dramático, los autores de los textos suelen introducir personajes desconfiados, reticentes y descreídos ante los poderes del santo. En este contexto, San Vicente se presenta como el catalizador de la fe, y mediante sus actos milagrosos convence a los incrédulos y los reconduce por el buen camino. De este modo, los personajes seculares de los *milacres* siguen una marcada evolución dramática que va desde el descreimiento a la devoción, y todo gracias a los milagros obrados y a la elocuencia del santo.

En ocasiones, los *milacres* introducen personajes de marcado cariz cómico. Pese a tratarse de una representación de hechos milagrosos y con una clara intención devocional, no es extraña la presencia de estos personajes cuyos orígenes habría que buscarlos en las comedias de corrales tan propias de los siglos XVI y XVII, y cuyo contrapunto en las historias serias o solemnes había encontrado el favor del público. Es recurrente que esta jocosidad la encarne el fraile *Motiló*, antagonista compañero de San Vicente. En el caso de las representaciones vicentinas, los personajes cómicos también representan a distintos arquetipos de la sociedad valenciana, dando lugar a una vertiente más costumbrista y popular en la que sin duda el público asistente se veía reconocido. Con estos personajes se pretendía también hacer un ejercicio de crítica de ciertas costumbres y de la relajación de la vida espiritual, donde de nuevo San Vicente actuaba como agitador de las conciencias e instaba a todos los estamentos sociales, sin distinción de clases, a observar los verdaderos principios de la fe cristiana.

El clímax de la representación se alcanza en el sermón final de San Vicente, verdadera piedra angular de toda

la pieza y motivo verdadero por el que se representa, pues contiene la palabra y el ejemplo a seguir del santo. Dicho sermón puede pronunciarse inmediatamente después del acto milagroso, contando así con el refuerzo dramático de haber asistido a una acción sobrenatural, lo que potencia la credibilidad del dominico ante el resto de personajes y también ante el público. En otras ocasiones, por el contrario, el sermón antecede al milagro, y adopta entonces un tono de plegaria, en la que San Vicente lamenta el estado actual de las cosas, los conflictos a los que se ha llegado por causa de la estupidez humana o la falta de fe, advirtiendo de que sólo la sincera reflexión y el acercamiento a la palabra divina puede reconducir la situación, y obrando después ese milagro que abra el camino a la recuperación de los verdaderos valores.

En cualquier caso, el momento del sermón se caracteriza por ser el de mayor brillantez literaria y posibilidad de lucimiento tanto del autor del libreto como del niño que da vida a San Vicente. El virtuosismo del sermón vicentino recuerda la impresionante capacidad oratoria que el santo poseyó en vida, y sin duda potencia sobremanera la acción milagrosa que lo acompaña.

Finalmente, y una vez alcanzado el punto dramático culminante, los *milacres* suelen cerrarse con un epílogo cuya intención principal es la glorificación final del santo, y exponer la moraleja presente en todo milagro.

#### 4.5. El aspecto material de las representaciones

Es habitual que el patrimonio cultural intangible cuente con ciertos elementos materiales en los que sustentarse: desde las personas que lo crean o participan de él a los productos de su actividad artesanal o los útiles de los que se sirven para llevar a cabo un determinado ritual. En el caso de los *milacres* de San Vicente Ferrer, la parte material que los precedió, permitiendo su nacimiento y perpetuación como expresión cultural valenciana, son los altares. Estructuras que, como hemos visto, se han ido transformando a lo largo de su historia hasta convertirse en lo que podemos ver actualmente cada primavera. Aunque también debemos recordar que el hecho de contar con diversas asociaciones independientes que organizan los festejos y el altar dedicados a su santo, favorecen una heterogeneidad evidente en el aspecto de dichos monumentos.

Muy diversos elementos han formado parte de los altares a lo largo de su historia. Lo que empezó siendo una simple hornacina con una imagen del santo aderezada con carteles explicativos, flores y luces, fue ganando en dimensiones y complejidad. Estructuras habitualmente de madera formaban paneles o retablos

en los que se combinaban esculturas de bulto redondo, pinturas sobre lienzo, relicarios, candelabros de plata, flores y ricos tejidos.

Con la incorporación de las representaciones dramáticas de los milagros se adosaron en la parte delantera de los monumentales paneles los entablados donde habrían de actuar los niños. Contarían con unas escalerillas de acceso, y, en ocasiones, los propios retablos se adecuaron a las nuevas necesidades teatrales incorporando “puertas” de entrada y salida de los jóvenes actores, pasando así a acentuar su nueva condición de fondo escénico. No obstante, el protagonismo continuó siendo para la figura de San Vicente que presidía el altar, y que en algunos altares cuenta con sofisticadas tramoyas que permiten un espectacular ascenso del santo a la hornacina.

Otros elementos inherentes a los *milacres* son el *atrezzo* y el vestuario necesarios para la representación. Pero estos han sido considerados durante mucho tiempo aspectos secundarios, que no merecían un cuidado especial. Meros recursos de los que sólo se exigía que remitiesen a tiempos pasados, sin intención de fidelidad histórica alguna. Sólo en los últimos tiempos se ha intentado acabar con los flagrantes anacronismos, intentando dar un aspecto de veracidad a los ropajes de los personajes. Cada asociación vicentina custodia los bienes materiales de su altar, y no siempre se cuenta con los recursos espaciales y económicos necesarios para conservarlos de manera adecuada. Esta es una de las razones por las que los altares e imágenes se retocan, renuevan o remplazan con asiduidad. La otra es que, posiblemente, estos elementos no constituyen la esencia de los *milacres*, sino más bien un condimento que sustenta y adereza lo verdaderamente fundamental: la expresión de un pueblo que aclama con devoción a su santo.



Figura 3. Comparativa del altar de la plaza del Carmen en los años 1928, 1991 y 2012.

#### 4.6. El factor humano

Un aspecto primordial que no podemos dejar de mencionar es el componente humano de los altares de San Vicente. Son las personas que han formado parte de las distintas asociaciones vicentinas a lo largo de los años los que han creado, mantenido y transmitido esta expresión patrimonial, y a ellas corresponde escribir su futuro. Su esfuerzo y dedicación durante todo el año



permiten que llegadas las fechas las fiestas del santo luzcan como es debido. Cada uno en su papel, las juntas directivas, los clavarios o los niños ofrecen su tiempo y energías en cumplir con la parte de la fiesta que les ha sido encomendada.

## 5. CONCLUSIONES

Se ha llevado a cabo un estudio en profundidad de la festividad de los altares de San Vicente Ferrer. Hemos insistido varias veces en la importancia capital del patrimonio intangible, entendiéndolo como un receptáculo de todas aquellas tradiciones, costumbres y particularidades que constituyen la forma de ser de un pueblo. Es decir, su cultura.

Los intentos serios y formales de proteger, conservar y difundir el patrimonio inmaterial son relativamente recientes. Sin embargo, es evidente que en los últimos años se han llevado a cabo numerosos avances en esta cuestión, y la legislación (tanto a nivel autonómico como estatal) ya especifica claramente líneas de acción encaminadas a la puesta en valor de este patrimonio tan valioso. Prueba de ello es la reciente declaración de estas representaciones como Bien de Interés Cultural.

La figura de San Vicente Ferrer se ha convertido ya en referente en la ciudad de Valencia y su entorno, considerando al santo tardomedieval como un personaje imprescindible para entender la espiritualidad católica que tanto influyó en su época y que se ha transmitido a lo largo de los siglos. Así lo demuestra el fervor que suscita la celebración anual de la fiesta de los altares, que congrega a miles de personas en el centro de Valencia para contemplar las representaciones de los *milacres*, la procesión con la reliquia del santo o la misa solemne en su honor. Y, por supuesto, este fervor vicentino alcanza su máxima expresión con la celebración de los centenarios.

Para poder conocer la evolución de las fiestas vicentinas hemos hecho una revisión bibliográfica de lo escrito sobre el tema, constatando que, si bien la figura de San Vicente en su vertiente teológica, religiosa, social y biográfica está profunda y abundantemente estudiada, no ocurre lo mismo con los testimonios escritos sobre los festejos anuales que el pueblo valenciano le ofrecía. Son más bien escasos los libros dedicados a esta interesante tradición, y los que lo hacen profundizan, sobretodo, en su parcela teatral. Esto revaloriza las fuentes que *a priori* podrían considerarse secundarias, como son los libros de fiestas y las publicaciones de distintas asociaciones vicentinas, que aportan interesantes y variados estudios que siempre giran en torno a su santo patrón, así como las crónicas oficiales que se escribían con motivo de los centenarios, verdaderos catálogos llenos de riquísimas descripciones.

Presentamos este artículo como aporte a este escueto corpus de documentación sobre *els milacres* de San Vicente Ferrer, con el objetivo de consolidar la idea de la conservación y la protección de esta y otras manifestaciones del patrimonio intangible, cuya desaparición o puesta en peligro supondría una pérdida irreparable en nuestra idiosincrasia y en nuestra propia identidad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARAZO, M. A.; JARQUE, F. *Nuestras fiestas*. Valencia: Vicent García Editores, 1980.
- ARIÑO VILLARROYA, A. (dir). *El teatro en la festa valenciana*. Valencia: Generalitat Valenciana, 1999.
- ARLANDIS, L. *Fiestas y costumbres de Valencia*. Valencia: José Huguet Editor, 1987. Col. Politécnica, nº 52.
- BOIX, V. *Fiestas que en el siglo IV de la canonización de San Vicente Ferrer se celebraron en Valencia*. Valencia: París-Valencia, 1980. Repr. facsimil de la ed. de: Valencia: Sociedad Económica de Amigos del País, 1855.
- BRUGMAN, F. “La Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial”. *PH cuadernos*. 2007, núm. 17, p. 54-67.
- CARRERES ZACARÉS, S. “Cómo se celebraron los anteriores Centenarios”. *Bona Gent*. 1954, núm. 1, p. 10-11.
- CERVERA, J. *Los Milacres vicentinos en las calles de Valencia*. Valencia: Del Cenial al Segura, 1983. *Convención para la salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial*. París: UNESCO, 2003.
- CORBÍN FERRER, J. L. *Historia y anécdotas del Barrio del Carmen*. 2ª ed. Valencia: Federico Domenech, S. A., 1990.
- GARRIDO JUAN, R. “Las fiestas populares vicentinas”. *Glorias Vicentinas*. 1950, núm. 9.
- GIMENEZ-FAYOS, J. M. “Cronología vicentina”, *Glorias Vicentinas*. 1950, núm. 9.
- GIMENEZ-FAYOS, J. M. “Canonización de San Vicente Ferrer”. *Bona Gent*. 1954, núm. 3, p. 4-5.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, G. *La festa reinventada. Calendari, política i ideologia en la València franquista*. Valencia: Universitat de València, 2002.
- HUGUET CHANZÁ, J. *La semana gráfica*. Valencia: Ajuntament de València, 2010. Colección “Imatges” 7.

- MARTÍNEZ ORTIZ, J. *Ensayo de un catálogo de "Milacres" de San Vicente Ferrer*.
- MÍNGUEZ, V. *Art i arquitectura efímera a la València del s. XVIII*. Valencia: Alfons el Magnànim, 1990. Col·lecció Politècnica, 39.
- MIRA, J. F. *San Vicente Ferrer: Vida y leyenda de un predicador*. Valencia: Bromera, 2002.
- MONCUSÍ FERRÉ, A. "La definició i l'activació del patrimoni immaterial. Algunes propostes des de l'etnologia". *Revista valenciana d'etnologia*. 2008, núm. 3, p. 73-86.
- NARBONA VIZCAÍNO, R. *Memorias de la ciudad. Ceremonias, creencias y costumbres en la historia de Valencia*. Valencia: Oficina de Publicaciones del Ayuntamiento de Valencia, 2003.
- OLTRA I ARANAZ, G. G., BORI I ESCURIET, C. V. *El sant dels milacres: San Vicente Ferrer*. Valencia: Universitat Politècnica de València, 2005.
- ORELLANA, M. A. *Valencia antigua y moderna*. Valencia: Librerías París-Valencia, 1985. Repr. facsímil de la ed. de: Valencia: Acción Bibliográfica Valenciana, 1923-1924.
- PEDRAZA, P. *Barroco efímero en Valencia*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia, 1982.
- PEREÇ, M. *La vida de Sant Vicent Ferrer*. Valencia: París-Valencia, 1997. Repr. facsímil.
- RAMÓN FERNÁNDEZ, F. *El Patrimonio Cultural: Régimen legislativo y su protección*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2012.
- RIBADENEYRA, P. *Flos Sanctorum, de las vidas de los Santos*. Madrid: Joachin Ibarra, 1761.
- SÁNCHEZ NAVARRETE, M. *Milacres de Sant Vicent Ferrer*. Valencia: Ajuntament de València, 2000.
- Sant Vicent, poble i patró: "Els Miracles de Sant Vicent"*. Alicante: Ajuntament de Sant Vicent del Raspeig, 2010.
- SOLAZ ALBERT, R. *Fiestas y costumbres de la ciudad de Valencia: estudio transcripción y facsímil del manuscrito de 1819 "Ocios entretenidos"*. Valencia: Ceremonial, 2008.
- Prueba de VIDAL VIDAL, L.; ALEIXANDRE PORCAR, J. "Fiestas Populares" en *Historia gráfica de Valencia*. Nº 53. Valencia: Levante, 2001.

#### NOTAS ACLARATORIAS

- <sup>1</sup> UNESCO. *Convención para la salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial*, p. 2.
- <sup>2</sup> Pila en la que también fueron bautizados San Luis Beltrán (1526-1581) y el Beato Nicolás Factor (1520-1583), y en la que todavía hoy se bautiza a un bebe cada 23 de enero en las fiestas conmemorativas del bautismo de San Vicente Ferrer.
- <sup>3</sup> ORELLANA, M. A. *Valencia antigua y moderna*, p. 80.
- <sup>4</sup> Por cambios en el nombre de la plaza y de la asociación a este altar se le denomina de distintas formas según la fuente: altar de la plaza de la Constitución, de la plaza de la Virgen, de la plaza de la Seu o de la Pila Bautismal.
- <sup>5</sup> BLASCO I ORTÍ, M. *La festa de Sant Vicent Ferrer. Un exemple de commemoració popular*, p. 121.
- <sup>6</sup> ORELLANA, M. A. *Op. cit.*, p. 34.
- <sup>7</sup> Citado por CERVERA, J. *Los Milacres vicentinos en las calles de Valencia*, p. 26.
- <sup>8</sup> CERVERA, J. *Op. cit.*, pp. 52-60.
- <sup>9</sup> HERNÁNDEZ i MARTÍ, G. *La festa reinventada. Calendari, política i ideologia en la Valencia franquista*, p. 67.
- <sup>10</sup> "bizcochada", reparto de un piscochabís a cuenta de la asociación para sus socios, y en ocasiones para gente sin recursos, como acto de caridad.
- <sup>11</sup> HERNÁNDEZ i MARTÍ, G. *Op. cit.*, p. 66.
- <sup>12</sup> BOIX, V. *Fiestas que en el siglo IV de la canonización de San Vicente Ferrer se celebraron en Valencia*, p. 108.
- <sup>13</sup> BOIX, V. *Op. cit.*, p. 112.
- <sup>14</sup> BLASCO ORTÍ, M. *Op. cit.*, pp. 117-118.
- <sup>15</sup> BLASCO ORTÍ, M. *Op. cit.*, p. 122.